

CAPÍTULO 31.

DE CÓMO TOMÁS EXAMINA EL MUNDO DESDE ABAJO Y DE LA IMPORTANCIA QUE TIENEN PARA ÉL LAS AMISTADES FEMENINAS.



Poco tiempo después, el estudiante se volvió a encontrar a Tomás. Se toparon en la calle, y Tomás lo invitó a acompañarlo.

-¿A dónde vamos? -preguntó Seebach.

-Aquí derecho. ¿Debe todo siempre tener una meta? Nos engañamos un poco cuando imaginamos que tenemos una meta a la vista.

El estudiante titubeo en acompañarlo. Su atención quedó cautivada por una crisantema amarilla que Tomás traía en el ojal puesta de manera extraña, colgando hacia abajo. -Si empieza de nuevo a hablar sobre el libre albedrío, mejor no voy con usted. Ya conozco sus opiniones...

-No -lo interrumpió Tomás-, pero usted las desaprueba -metió su brazo en el de Seebach y lo jaló consigo-. Veo que se interesa usted por mi flor, sin embargo aún no se ha dado cuenta de que en ella puede encontrar la respuesta sobre el libre albedrío. ¿O acaso tiene usted el propósito de hacerme sufrir?

El estudiante no respondió, pero se fue con Tomás.

-¿Recuerda usted la recomendación de Zaratustra de ver al mundo, de vez en cuando, a través de las piernas? Hoy hice la prueba y obtuve notables resultados. En cierto sentido, uno regresa a la infancia al ver todo desde abajo. Al principio es un poco incómodo andar así agachado, pero luego se aprende, particularmente cuando ya se descubrió el secreto de lo interesante que es ver la parte de abajo de una silla o de una mesa. Imagínese usted un ser con un sistema tan receptivo como el del niño con la atmósfera y el horizonte de la silla tubular, sobre la que está sentado alguien; o bien, bajo el efecto de un cuarto semioscuro, debajo de la mesa ya puesta, con la sensibilidad del oído en los rechinos de platos y tenedores dentro de tal caja de resonancia; y con la percepción de los diversos olores, con las extrañas, fantasmales, graciosas verificaciones del ojo, que consisten en ver una multitud de piernas alrededor sin sus correspondientes cuerpos. Soy de la opinión de que no puede comprenderse aproximadamente la psique del niño, ni la del perro, si no es mediante escrupulosas investigaciones experimentales por el estilo de las que yo hoy llevé a cabo, aunque de manera muy superficial.

El ver a través de las piernas tiene además la ventaja de que, desde un principio, considera el centro de toda vida, que se encuentra acentuado de manera erótica -guardó silencio un instante sumido en la reflexión, se acomodó la camisa y continuó-. Alcancé el clímax del placer cuando el mesero me trajo mi cafecito. Tuve de nuevo la impresión de lo gigantesco, al ver acercarse sus piernas. Lo único desagradable fue que el hombre también se agachó y quería ayudarme a buscar algo, que yo ni siquiera había perdido. Esa fue también la razón por la que dejé de dar mi paseo en esa posición. Llegué hasta la mitad del corredor casi sin ser molestado, pero luego vino el mozo y comenzó a buscar, y luego la camarera, el mesero se les unió también, y cuando iba pasando por casualidad el director del hotel, consideró su deber ponerse a trabajar de igual forma, con las manos en el piso. Toda esta gente me hablaba y perturbaba mis observaciones con la repetida pregunta sobre qué había perdido. Finalmente, perdí el deseo de continuar mis estudios, aunque en los últimos instantes tuve la alegría de ver a uno de los clientes filmando a los cinco miembros de la

expedición. Supongo que en las placas se encuentran, por lo menos de mí, mis dos rostros. La camarera está, sin duda, representada sólo con el segundo, y no sé lo que sucedió con los demás; pero me imagino, especialmente con el mesero, muy linda la manera cómo se abría paso en los bajos fondos a través de las separadas cortinas de las colas del frac. Después me retiré a mi cuarto, pues no era mi deseo tener a todo el hotel participando, de igual forma, en mis experimentos y, con ayuda de esta flor, me puse simbólicamente en la postura con la cabeza hacia abajo. Cuesta trabajo pararse sólo imaginariamente de cabeza, pero se puede. La cosa se facilita con la disposición del ánimo hacia la envidia, pues ésa es la sensación básica cuando uno contempla el mundo desde abajo, y como usted ya se habrá dado cuenta, elegí una flor amarilla.

El estudiante se detuvo de repente. -¿Cómo pudo saber usted que yo lo odiaba profundamente y lo hubiera asesinado?

En lugar de darle una respuesta, Tomás señaló la crisantema. Apenas un rato después, cuando leyó en la mirada interrogante del muchacho que su actitud no había sido comprendida, dijo: -La envidia es amarilla, y sus ojos se pusieron amarillos cuando vio la flor. Y la cabeza de la crisantema cuelga exactamente sobre mi corazón. Por lo demás, le contaba yo que la envidia y el odio son los sentimientos básicos de aquel que ve de abajo hacia arriba. Y ya que todos fuimos niños alguna vez, son la envidia y el odio los sentimientos más profundos y antiguos de nuestra alma.

Seebach alzó los hombros y se alejó. -Usted es un actor, Mundete, y de los malos, que intenta hacer una buena impresión subrayando fuertemente los efectos en escena.

Tomás asintió pensativo. -Tiene usted razón -dijo-. Hace poco, después del mitin, cuando me di cuenta de que sus sentimientos hacia mí se ponían amarillos, debí haber cometido alguna maldad contra usted para que ahora me estimara, en lugar de odiarme.

El estudiante se rió burlón. -El gran arte lo vuelve furioso, estimado amigo, usted le pone a uno las cosas en la cabeza. Yo no lo quiero y tampoco lo odio, usted me es totalmente indiferente.

-¡No mienta! -le gritó Tomás, luego se calmó de inmediato y continuó-: No tiene caso pelearse con usted. Usted trae algo en la conciencia, que me achaca a mí, y, por consiguiente, tiene que intentar hacerme enojar hasta el punto en que cometa una maldad. Ése es un rasgo femenino en su persona, pero exactamente ese desengaño femenino que usted tiene le da el maravilloso don de apropiarse rápido de las cosas, que es lo que me atrae de usted.

El estudiante se encolerizó. -Ni creo que yo sea femenino, ni deseo convertirme en el objeto de sus inclinaciones, por lo menos en el sentido tan evidente que denuncia la perversa indecencia de su ser.

Tomás movía la cabeza en señal de pena. -Usted se trae algo pesado en el alma, cree haberme hecho algún mal que no puede expiarse -repentinamente se detuvo frente al estudiante, lo miró con fijeza y dijo-: ¡Dígame los mandamientos, el primero que se le ocurra! ¡Rápido, uno de los mandamientos!

Seebach miraba hacia todos lados y dijo con una voz severa: -¡Déjeme en paz con sus locuras!

Tomás lo había agarrado por un hombro y lo sacudía con fuerza. -¡Uno de los mandamientos! ¿En cuál pensó? ¡Creo que puede decir uno de los mandamientos! ¡Uno de los mandamientos!

El estudiante había perdido toda compostura y se dejaba zarandear de aquí para allá, como si fuera un niño chiquito; su rostro adquirió una expresión de desamparo y sólo alcanzó a balbucir: -El quinto.

Tomás lo soltó. -¿Fue ése el primero que le vino a la mente? -le preguntó con energía.

Seebach alzó los hombros. -El quinto o el sexto, no sé, también pudo haber sido el séptimo.

-En otras palabras, usted pensó primero en el séptimo. ¿Qué cosa le puede robar una persona a otra?

Seebach titubeó unos instantes, hasta que captó una sonrisa extraña en el rostro de Mundete y, entonces, contestó: -Le he robado sus ideas, sus opiniones, y ayer las gasté como si fueran de mi propiedad.

-Entonces no era necesario enojarse tanto cuando alabé su don de apropiarse de las cosas. Además, quiero darle un buen consejo a la mitad de su camino, por el que desea irse sin mí -en contra de su acostumbrada manera de hablar, Tomás lo hacía punzante y agudo de modo que sonara muy evidente el sarcasmo-: Cuando a una pregunta clara se responde con vacilación, la respuesta es siempre, óigalo usted, siempre es un mentira, una verdad a medias. Y, de igual modo, es también una verdad a medias lo que usted acaba de decir

sobre el robo intelectual. Sólo le sirve de pretexto y, ya que lo sabe en su más íntimo ser y se avergüenza de ello, se introduce cada vez más en su furia en mi contra. Y usted me abandonará. Pero usted se lleva a sí mismo y a su conciencia de culpa consigo, nada podrá ayudarlo. Sólo le podría ayudar la robusta conciencia de la que habla Ibsen. “Sigue pecando con valentía”, ése es un sabio refrán -Tomás sonrió ufano, pero en ese mismo momento se torció un pie y se detuvo temblando de furia-. Chinche -gritó-, acabarás con las bestias exteriores, tú, halcón de las chinches, pero allí adentro -se dio Tomás un golpe en la frente- ellas se chupan todo y van dando piquete tras piquete en el cerebro, hasta que no dejan de ti más que una ampolla de apestosa vanidad. “No matarás”, reza el quinto mandamiento -se dirigió repentinamente de nuevo a su acompañante-. Y esto después de lo que usted me dijo antes sobre sus fantasías de asesinarme, comprensible sin más ni más, al menos, si no lo hubiera usted asociado al sexto mandamiento. Sin embargo, con esta asociación queda al descubierto que usted es -se rió con malicia- lo que hace un momento tuvo a bien llamar perverso; una tontería de la que yo no le creía capaz, por lo menos no de adjudicármelo a mí -en cada palabra que Tomás pronunciaba, podía escucharse el ilimitado orgullo que la producía y, puesto que él lo notó, fue incrementando su dureza-. Usted quiere matarme, sí, pero primero así, como se mata a un hombre cuando se le quiere reducir la cabeza. ¿Lo entiende, o tengo que ponérselo más claro? Reducir y el sexto mandamiento, no es tan fácil de entenderse.

El estudiante seguía a Tomás de cerca y en silencio, la mirada fija, pero sin intentar defenderse.

ADVERTENCIA DEL EDITOR

Recuerde oportunamente el amable lector que esta entrevista se transmite sólo a través de Lachmann, quien la obtuvo del estudiante. No cabe ninguna duda de que no ocurrió de la manera como es contada; antes bien, Lachmann la transformó intencionada o inconscientemente. Con ello, la afirmación de Lachmann no cambia en nada la objetividad total de su relato, porque todos los médicos tienen que vérselas con la objetividad de sus observaciones o sus declaraciones, aunque bien pudieran saber que su profesión es absolutamente subjetiva. Para saber qué tan arbitrariamente procedió Lachmann, debe pensarse en que utilizó en la redacción de esta plática su propia y, por cierto, muy imperfecta técnica del tratamiento psicoanalítico, un procedimiento ineludible para los médicos, sin el que su actividad parecería impensable. La notable desviación del carácter del héroe provocó, por cierto, una tan fuerte desaprobación de Ágata, que el relato está todo acribillado de signos de admiración e interrogación de su mano; sí, palabras como “calumnia”, “infame”, etcétera, se encuentran entreveradas. Al final de todo el relato, Ágata escribió estas palabras con letras muy gruesas: “Es un certificado médico y, por eso, es falso”. El editor consideró conveniente comunicar este pequeño rasgo, pues es característico de la inquebrantable sed de venganza de una mujer frustrada.

El relato de Lachmann continúa así:

-El quinto y el sexto mandamientos, casi siempre se mencionan juntos, pues así se expresa el parentesco entre el amor y la muerte, hay en ello suficiente material para la reflexión. Algo para comenzar: el amor se transforma en odio y el odio mata. Pero, la cuestión sería más fácil si la gente supiera que ni el amor ni el odio duran, que cambian como el día y la noche, que no son opuestos, sino condiciones recíprocas. Si usted fuera más razonable, dejaría pasar la noche del odio y mañana me volvería a querer.

Seebach rechazó enérgicamente la mano que Tomás le tendía. -¡Pederasta! -fue lo único que pudo decir.

Tomás alzó los hombros y rió de buena gana. -¿Se supone que es un insulto? No me corresponde. No me causa ningún goce la mujer y tampoco el hombre, dice Hamlet, y ése es también mi caso. Sin embargo, me interesa el problema de la homosexualidad; sí, puedo confesarle que hoy en la noche pienso ir a un baile de maricones. Lástima que hoy no sea usted capaz de escuchar imparcialmente, si no podría contarle esto y aquello sobre el empleo ulterior de la mariconería.

-Estoy completamente calmado -respondió Seebach-, así que hable, yo lo escucho.

En lugar de responderle, Tomás señaló a un grupo de alumnas de escuela, que iban delante de ellos, y a las que el estudiante observaba desde hacía un buen rato. Dos de ellas iban muy abrazadas, mientras que

otra tercera caminaba detrás haciendo pucheros.

-Eres desleal, Ana -las oyeron pelear-. Cuando aparece una nueva, enseguida corres detrás de ella, te le pegas y olvidas todas las promesas que me has hecho.

Una de las muchachas que iban adelante dijo por encima de su hombro, mientras se acercaba más a su compañera: -Oye, ahorra tus celos. No me importas nada. Eres un bicho aburrido.

Seebach sonreía. -Desde joven se ejercita el que quiere llegar a maestro. Una verdadera tragedia amorosa con indumentaria de niñas.

-¿Acaso no tengo razón? -dijo Tomás con energía, pues supuso que el estudiante había adivinado sus pensamientos y lo estaba contradiciendo.

-Eso es algo distinto, una inocente cosa de niñas.

-De acuerdo, pero... ¿No se ha dado usted cuenta de que nuestras leyes prohíben sólo el amor entre hombres y dejan impune el amor entre mujeres?

El estudiante, que estaba admirando a la muchacha solitaria, ya no le hacía caso a Tomás. -¡Claro que se entiende! -dijo y se jaló los puños de la camisa, pues en sus largos años de pobreza le habían servido de aliciente para que lo vieran las muchachas.

Tomás se encontraba a la mitad de su exposición, justo en el momento en que el interés por tener un auditorio se había perdido y, por consiguiente, se emocionaba y se sulfuraba, sin que le importara ninguna otra cosa.

-El fenómeno no tendría una explicación, si no se pudiera aceptar que la prohibición en contra del amor entre varones fue una medida de la Iglesia, para dar con las raíces del paganismo. La cultura griega es impensable sin la predilección por el espíritu masculino y el cuerpo masculino; y, al colocarle un estigma en la frente al antiguo Eros, que en un principio representó el amor entre hombres, y al cubrirlo con unas vestiduras de mierda adversas a la naturaleza, se aniquiló el mito y el estilo de pensamiento del mundo antiguo. Aquiles y Patroclo, Zeus y Ganimedes, Orestes y Píldes, todo esto fue insoportable para los cristianos. Hombres como Sócrates y Licurgo se hundieron en el pantano, y la nobleza de Alejandro, los héroes tebanos de Epaminondas y el Estado dorio de los espartanos se convirtieron en objeto de horror.

El estudiante apresuró el paso, porque las tres muchachas dieron la vuelta en una calle, y él no las quería perder de vista. Tomás se sofocó algo con la carrera, sofoco que se le intensificó al ponerse a buscar un pañuelo para sonarse la nariz.

-Padecemos más y más aquella, entonces incomprendible, condenación del amor entre hombres, pues paulatinamente incluso la noble forma del impulso -se sonó con tal ímpetu que las tres muchachas se volvieron sorprendidas, y esto dio oportunidad al estudiante de poner un rostro lánguido y saludarlas con el sombrero-, la amistad del hombre con el hombre, se ha vuelto imposible. El hombre está tan solo en el mundo como un campanario.

Un nuevo pensamiento ascendía en él, se quedó parado para concederle mayor énfasis. Sin embargo su acompañante, que consideró exitoso su saludo, pues las tres muchachas se habían tomado del brazo y volteaban una tras otra y luego cuchicheaban algo, le imprimió mayor velocidad a su paso. A Tomás no le quedó otro remedio de correr tras él a un paso de semicarrera; con el pañuelo todavía en la mano, hacía el intento de agarrar al estudiante por el saco.

-El campanario -jadeaba- comprueba, así pues, que el impulso es extirpable y que se abre paso en todas partes nuevamente, incluso en medio de la religión. Sí, recuerdo ahora que en el Nuevo Testamento... ¡pero escúcheme!, Dios mío, esto es muy importante... Se tienen que hacer los estudios... el vicario...

Las muchachas y el estudiante se habían detenido, porque una compañía del regimiento de Alejandro, que pasaba por allí, obstruía la calle.

-Ahí tenemos un nuevo ejemplo, es realmente interesante. Se engalana con gran colorido al soldado, y lo que lo distingue es el rifle con el que dispara. La explosión que procede del cañón hueco, el alma, y lanza el proyectil, esto es claramente la configuración de una eyaculación, y la detonación apunta hacia donde está el blanco. El rifle del hombre... -de nuevo comenzaron las carreras. El estudiante les había dirigido la palabra

a las muchachas, y estas corrieron también, muy rápido para poder escapar. Tomás boqueaba para lograr respirar, pero esta vez no se dejó que lo hicieran a un lado. Durante la espera, alcanzó con todo cuidado el brazo del estudiante y se agarró fuertemente.

-Vea usted -vociferó señalando una columna de anuncios que había en una esquina-, en el centro del atronador Berlín, en nuestro siglo hipócrita se implanta el falo, y los hombres y mujeres lo miran ansiosos por conocer sus secretos. El tranvía pasa por allí, simbolizando la corriente amorosa, y los autos que pasan volando la sueltan por sus escapes para que apeste.

El estudiante se había estado defendiendo del gancho de Tomás. En ese momento se subían las dos amigas al tranvía, mientras que el amor de Seebach se alejaba lentamente, echándoles miraditas.

-Usted está loco -dijo y se zafó del brazo de Tomás; mientras corría seguía gritando-: y además es un cerdo.

Seebach no volvió a ver a Mundete. No se sabe si Tomás fue al baile de los maricones.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck

